

Obituario

Carta abierta al Dr. Manuel Giménez Álvarez

Una vez más, mi agradecimiento a la Sociedad Española de Estrabología por el honor que me otorga al autorizarme escribir esta carta a mi entrañable amigo, el Doctor Manuel Giménez Álvarez. Lo hago con incisivo dolor y profundo cariño.

Como siempre, no quiero saber nada de obituarios. No quiero saber nada de necrológicas. ¡No quiero saber nada de nada! Sólo quiero, amigo mío, tenerte siempre muy cerca en los momentos, recuerdos y vivencias que tantos años compartimos con Juli y Amparo, y para mi pesar y desconsuelo hoy me siento muy lejos de vosotros tres.

Dos cosas quisiera resaltar, tu categoría científica y tu categoría humana. Sin embargo, no voy a exponer aquí tus distinciones y nombramientos. Quien te conoció ya sabe quién fuiste y quien no te ha conocido seguro que le importa poco. Solo voy a resaltar que tu formación científica vino de la mano de quien, a mi juicio, ha sido el oftalmólogo más completo de nuestro país de los últimos 60 años, el profesor Alfredo Domínguez, de quien bebiste el aprendizaje del segmento anterior del ojo y de la retina. Fue en el Instituto Oftálmico, tu auténtica morada en la que ejerciste la praxis clínica y quirúrgica de la especialidad durante 30 años como Médico de Sala por oposición así como la enseñanza, con toda la dignidad y generosidad que cabía en tu alma.

Y al mismo tiempo, aprendiste Estrabología con el mejor maestro habido en nuestro país, Fernando Gómez de Liaño, y fue esta aproximación a su persona y a la motilidad ocular lo que condujo a tu importante colaboración en el nacimiento de la Sociedad Española de Estrabología, de la que fuiste Miembro Fundador y de la Junta Directiva con el cargo, inestimable en aquel precario momento de la asociación, de Tesorero.

Amigo mío, si escribo esta carta desde este foro estrabológico es porque quiero que aquí quede la huella imperecedera de quien fuiste y que no es justo que pase desapercibido en el tiempo quien como tú destilabas por todos tus poros inteligencia, experiencia, humanidad, sensibilidad, generosidad, cultura, sentido del humor y, sobre todo, el deseo de compartirlo con todo aquel que a ti se te acercaba a lo que fuera. Sí, ¡con todo aquél y con cualquiera!

Sobre mí has tenido la ventaja de haberte adelantado en el tiempo y poder antes que yo estar disfrutando junto a las estrellas, con tu verbo fluido y un tanto chulo y castizo, con Juli (tu mujer), Amparo (la mía), Fernando Gómez de Liaño (nuestro querido Maestro), Paco Montanary y Eduardo Villamor (nuestros fieles y entrañables amigos). ¡Qué grandes momentos vivimos juntos cuando hicimos esta Sociedad! ¿Verdad?

Recuerdo, como si fuera ayer, el día que nos presentó Fernando Gómez de Liaño. Era un día gris, muy frío, y no sé por qué nuestra conversación derivó hacia la poesía y, como siempre que estuvimos juntos, me tenías que regalar algo. Pues bien, ese día tu prodigiosa memoria me hizo conocer al poeta neoyorquino Walt Whitman, cuando muy pausado, pero vehemente al



Primer Congreso de la SEE.

mismo tiempo, me recitaste: «*Aquel que camina una sola legua sin amor, camina amortajado hacia su propia sepultura*». Toda la vida he tenido el sentimiento de que estar a tu lado por el motivo que fuera, científico o lúdico, era un aprendizaje continuo. Cuando hablabas, jamás había vacío en tus palabras, siempre decías algo que merecía valorar, retener o meditar, ya fuera médico, de cultura general o enseñanzas y picardías de la vida. En realidad, eras vehemente dentro de tu tolerancia, aunque demoledor incluso en tu bondad.

De honradez acrisolada, amante de la vida sencilla y familiar, viajero infatigable, y amigo de tus amigos, bien recuerdo con envidia tus grandes cualidades, y ¡cómo me complacería tenerlas todas!, sobre todo tu humildad.

Querido Manolo, deseo que tú y tu familia reciba de la Sociedad Española de Estrabología, que de modo muy activo ayudaste a crear, todo el cariño, consideración y respeto que merecéis y que en justicia os debemos.

José Perea